

## El ladrón de sonidos

Lucas vive en Sonovalle, y Sonovalle... Sonovalle es el lugar donde los grandes músicos de todos los tiempos interpretan sus canciones mientras miles de personas, venidas de todo el mundo, disfrutan de sus actuaciones.

«¡O, la gran Sonovalle!», exclamaban quienes lo visitaban. Pero no solo eran los conciertos, famosos por utilizar el eco natural de las montañas como una extensión de la música; también eran sus calles empedradas, sus tejados rojos y su plaza llena de vida. Entre los rincones más mágicos estaba el **Puente de Luz**, donde al amanecer, el río Harmonía reflejaba un espectáculo ensoñador.

Sin embargo, Lucas, un vecino más del pueblo, nunca se sintió parte de este lugar donde la música es protagonista. Desde pequeño, sabía que su mundo sería diferente. Nació sordo, y aunque sus padres siempre lo apoyaron, fue en la adolescencia cuando la frustración lo aisló. En lo alto de una colina, en una pequeña casa de piedra, Lucas encontró refugio en su taller, donde trabajaba la madera, sintiendo en cada golpe las vibraciones que le conectaban con algo más grande.

El día que conoció a Sofía, algo cambió. Ella era una ingeniera recién llegada al pueblo, y la madre de Lucas, como siempre insistente, la llevó a conocerlo.

—Hola —dijo Sofía, algo incomoda, extendiendo la mano.

Lucas, reticente, respondió con un leve apretón de manos antes de volver a su trabajo en el taller. Su mirada decía más que sus palabras: «**¿Por qué me trae aquí a esta extraña?**»

—Vaya, trabajas mucho con madera, ¿eh? —Sofía intentaba ser amable.

Lucas asintió, cortés pero distante. Su madre interrumpió con su habitual entusiasmo:

—Deberías ir con ella al Festival del Eco esta noche.

—No tienes por qué ir si no quieres —le señaló Lucas en lenguaje de signos.

—¿Tú no vas a ir? —preguntó Sofia.

Lucas negó con la cabeza. «**La música no es para mí**», le explicó con una expresión que mezclaba resignación y desafío.

Aquella noche, Sofia decidió buscarlo tras no verlo en el festival. Lo encontró en el **Puente de Luz**, donde estaba sentado, dejando que las vibraciones del río y la piedra lo envolvieran.

—He oído hablar mucho de este lugar —dijo Sofia, sentándose a su lado.

Lucas la miró de reojo, sorprendido de verla allí:

—¿Por qué no estás en el festival?

—No entiendo la música. No al menos de la forma que me gustaría —reconoció.

Lucas le indicó que apoyará las manos sobre la piedra del puente. Sofia le hizo caso.

—Esto... esto es increíble. —Sofia abrió los ojos, mirando a Lucas.

—Es la única forma en que puedo sentirla.

Sofia lo miró con admiración.

—Debe haber una forma para que otros puedan experimentarla como tú.

Aquella conversación sembró una idea en Lucas. Durante semanas, trabajó en un prototipo que pudiera transformar las ondas sonoras en luz. Cuando Sofia vio el dispositivo, se quedó sin palabras.

—¿Has hecho esto tú solo? —preguntó sorprendida.

—Sí, pero no es suficiente —respondió Lucas en lenguaje de signos.

—¿Me dejarías ayudarte?

Lucas dudó al principio, pero la determinación de Sofía lo convenció.

Después de semanas de trabajo, Lucas y Sofía probaron el dispositivo en su taller.

—¡Mira, Lucas! —exclamó Sofía, señalando como los cristales proyectaban luces que cambiaban de forma y color al ritmo de las notas.

Lucas, con los ojos brillantes, tocó la caja de madera y sintió las vibraciones bajo sus dedos. «**Es como si pudiera ver y sentir la música al mismo tiempo**», pensó sonriendo ampliamente.

—¿Cómo lo llamaremos? —preguntó Sofía.

Lucas dudó un momento antes de escribir en un papel: «**Sonolux**».

Sofía lo leyó en voz alta y luego sonrió.

—Es perfecto Lucas.

**La noche del Festival del Eco** llegó con más emoción de la esperada. Sofía y Lucas lograron presentar **Sonolux** como parte del espectáculo de **Pulse Nova. Una de las bandas de electro dance más conocidas del momento.**

Cuando las luces del escenario se apagaron, Lucas sintió cómo las vibraciones de la música recorrían su cuerpo. Activó el dispositivo, y el cielo nocturno se llenó de colores y formas que danzaban al ritmo de las notas. La plaza entera quedó en silencio antes de estallar en aplausos y vítores.

Sofía lo abrazó con fuerza tras el espectáculo.

—Lo has conseguido Lucas.

Lucas, con una sonrisa tímida, respondió con lenguaje de signos: «**Gracias por creer en mí**».

Esa noche, la música dejó de ser solo un sonido para convertirse en algo que todos podían experimentar, sin importar cómo percibieran el mundo.

**Sonolux había nacido, y con él, un nuevo lenguaje universal.**